

MEMORIA SOBRE EL ORIENTE*

François-René De Chateaubriand

La llamada “Cuestión de Oriente”, a saber el porvenir del imperio otomano, fue planteada con motivo de las insurgencias serbia a partir de 1804 y greca a partir de 1821.

Europa se mantuvo neutral hasta la llegada al trono del tsar Nicolás (1825), quien provocó la intervención militar de Rusia, Inglaterra y Francia en 1827; luego, en 1828, la guerra de la sola Rusia contra el sultán. La victoria rusa llevó en 1829 a la independencia de Grecia y a la autonomía de Serbia, así como de las provincias rumanas de Moldavia y Valaquia.

Chateaubriand era el embajador de Francia en Roma cuando redactó en 1828 su Memoria sobre el Oriente, luego incorporada a sus famosas Memorias de ultratumba.



EXPLICACIÓN SOBRE LA MEMORIA QUE VA A LEERSE

He hablado en el Congreso de Verona de la existencia de mi *Memoria sobre el Oriente*. Cuando la envié desde Roma, en 1828, al señor conde de La Ferronnays, a la sazón ministro de Negocios Extranjeros, el mundo no era lo que es. En Francia, la legitimidad existía; en Rusia, Polonia no había perecido; España era aún borbónica; Inglaterra no había tenido todavía el honor de protegernos. Muchas cosas han envejecido, pues, en esa *Memoria*: hoy mi política exterior, en varios aspectos, no sería ya la misma; doce años han cambiado las relaciones diplomáticas, pero el fondo de las verdades se ha mantenido. Inserto esta *Memoria* completa, para vengar una vez más a la Restauración de los reproches absurdos que se le di-

* Traducido del francés por Aurelio Garzón del Camino.

rigen con obstinación, a pesar de la evidencia de los hechos. La Restauración, en cuanto eligió sus ministros entre sus amigos, no dejó de ocuparse de la independencia y del honor de Francia: protestó contra los tratados de Viena, reclamó fronteras protectoras, no por la gloria vana de extenderse hasta las orillas del Rin, sino para buscar su seguridad. Ha reído cuando se le hablaba del equilibrio de Europa, equilibrio tan injustamente roto para con ella; por eso deseó primero cubrirse por el mediodía, ya que se había tenido a bien desarmarla por el norte. En Navarino recobró una marina y la libertad de Grecia; la cuestión de Oriente no la encontró desprevenida.

He conservado tres opiniones sobre el Oriente desde la época en que escribí esta *Memoria*:

1° Si la Turquía europea ha de ser desmembrada, nosotros debemos tener un lote en ese reparto, por un aumento de territorio sobre nuestras fronteras y por la posesión de algún punto militar en el Archipiélago. Comparar el reparto de Turquía al reparto de Polonia es un absurdo.

2° Considerar a Turquía tal como era en el reinado de Francisco I, como una potencia útil a nuestra política, es suprimir tres siglos de historia.

3° Pretender civilizar Turquía proporcionándole barcos de vapor y ferrocarriles, disciplinando sus ejércitos, y enseñándole a hacer maniobrar sus flotas, no es extender la civilización en Oriente, sino introducir la barbarie en Occidente: unos Ibrahim futuros podrían hacer retroceder el porvenir a la época de Carlos Martel, o a la del sitio de Viena, cuando Europa fue salvada por esa heroica Polonia sobre la cual pesa la ingratitud de los reyes.

Debo advertir que he sido el único, con Benjamín Constant, en señalar la imprevisión de los gobiernos cristianos. Un pueblo cuyo orden social está fundado sobre la esclavitud y la poligamia es un pueblo al que hay que relegar a las estepas de los mongoles.

En último resultado, la Turquía europea, convertida en vasalla de Rusia, en virtud del tratado de Unkiar Skelessi, ya no existe. Si la cuestión debe decidirse inmediatamente, lo cual dudo, quizá fuese mejor un imperio independiente que tuviera su sede en Constantinopla e hiciera un todo de Grecia. ¿Es esto posible? Lo ignoro. En cuanto a Mehemet-Alí, granjero y aduanero implacable, Egipto, en interés de Francia, está mejor guardado por él que lo que estaría por los ingleses.

Me esfuerzo en demostrar el honor de la Restauración; pero ¿quién se inquieta por lo que ha hecho, y sobre todo quién se inquietará dentro de algunos años? Tanto valdría que me alborotara por los intereses de Tiro y de Ecbatana: ese mundo pasado ya no volverá. Después de Alejandro, comenzó el poderío romano; después de César, el cristianismo cambió la faz del mundo; después de Carlomagno, la noche feudal engendró una nueva sociedad; después de Napoleón, nada: no se ve venir ni imperio, ni religión, ni bárbaros. La civilización ha alcanzado su punto más alto, pero es una civilización material, infecunda, que no puede producir nada, ya que no es posible dar la vida sino por la moral. No se llega a la creación de los pueblos sino por las rutas del cielo: los caminos de hierro nos conducirán tan sólo con más rapidez al abismo.

He aquí los prolegómenos que me parecían necesarios para la inteligencia de la *Memoria* que sigue, y que se encuentra igualmente en los archivos de Negocios Extranjeros.

MEMORIA SOBRE EL ORIENTE

Carta al Señor Conde de la Ferronnays

Roma, 30 de noviembre de 1828.

En vuestra carta particular del 10 de noviembre, mi noble amigo, me decíais:

«Os envió un breve resumen de nuestra situación política, y quisiera que tuvieseis la amabilidad de darme a conocer, en cambio, vuestras ideas, que, en semejante materia, conviene siempre tanto conocer».

Vuestra amistad, noble conde, me juzga con demasiada indulgencia; no creo en absoluto ilustraros al enviaros la memoria adjunta: no hago más que obedeceros.

MEMORIA

Primera Parte

A la distancia en que me encuentro del teatro de los acontecimientos, y en la ignorancia casi total del estado de las negociaciones, apenas puedo razonar convenientemente. Sin embargo, como desde hace tiempo tengo una teoría establecida

sobre la política exterior de Francia, y como he sido, por decirlo así, el primero en reclamar la emancipación de Grecia, someto gustosamente, noble conde, mis ideas a vuestro esclarecido juicio.

No se trataba aún del tratado del 6 de julio, cuando publiqué mi *Nota sobre Grecia*. Esta *Nota* encerraba el germen del tratado: proponía en ella a las cinco grandes potencias de Europa dirigir un despacho colectivo al Diván para pedirle imperativamente el cese de toda hostilidad entre la Puerta y los helenos. En el caso de una negativa, las cinco potencias declararían que reconocían la independencia del gobierno griego, y que recibirían los agentes diplomáticos de ese gobierno.

Esta *Nota* fue leída en los diversos gabinetes. El cargo que yo había ocupado como ministro de Negocios Extranjeros daba alguna importancia a mi opinión; lo singular fue que el príncipe de Metternich se mostró menos opuesto al espíritu de mi *Nota* que el señor Canning.

El último, con quien había tenido una relación bastante íntima, era más orador que gran político, más hombre de talento que hombre de Estado. Tenía en general cierta envidia de los éxitos, y sobre todo de los de Francia. Cuando la oposición parlamentaria hería o exaltaba su amor propio, se precipitaba en falsas gestiones y prorrumplía en sarcasmos o en jactancias. Así fue como, después de la guerra de España, rechazó la petición de intervención que yo había arrancado con tanto trabajo al gabinete de Madrid para el arreglo de los asuntos de ultramar; el motivo secreto era que no había sido él quien hiciera tal petición, y no quería ver que incluso con su plan (si es que tenía alguno), Inglaterra, representada en un congreso general, no estaría ligada de ningún modo por las actas de ese congreso y se mantendría siempre libre de obrar separadamente. Fue también así por lo que él, el señor Canning, hizo pasar tropas a Portugal, no para defender una Carta de la que era el primero en burlarse, sino porque la oposición le reprochaba la presencia de nuestros soldados en España, y quería poder decir al Parlamento que el ejército inglés ocupaba Lisboa, como el ejército francés ocupaba Cádiz. Finalmente, así fue por lo que firmó el tratado del 6 de julio contra su opinión particular, contra la opinión de su propio país, desfavorable a la causa de los griegos. Si accedió a este tratado, fue únicamente porque temió vernos tomar con Rusia la iniciativa de la cuestión y recoger solos la gloria de una resolución generosa. Este ministro, que después de todo dejará tras sí una gran fama, creyó igualmente di-

ficultar los movimientos de Rusia por este mismo tratado, aunque estaba claro que el texto del acta no ponía traba alguna al emperador Nicolás, no le obligaba en absoluto a renunciar a una guerra particular con Turquía.

El tratado del 6 de julio es una pieza informe, hilvanada apresuradamente, en la que no está previsto nada y que abunda en disposiciones contradictorias.

En mi *Nota sobre Grecia*, yo suponía la adhesión de las cinco grandes potencias; habiéndose mantenido al margen Austria y Prusia, su neutralidad las deja en libertad para declararse, de acuerdo con los acontecimientos, a favor o en contra de una de las partes beligerantes.

No se trata ya de volver sobre el pasado, sino que hay que tomar las cosas como están. A lo más que los gobiernos se obligan es a sacar el mejor partido de los hechos cuando están consumados. Examinemos estos hechos.

Ocupamos la Morea; las plazas de esta península han caído en nuestras manos. He aquí en cuanto a lo que nos concierne.

Varna ha sido tomada; Varna se convierte así en un puesto de vanguardia colocado a setenta horas de marcha de Constantinopla. Los Dardanelos están bloqueados; los rusos se apoderarán durante el invierno de Silistria y de algunas otras fortalezas, y llegarán numerosos reclutas. En los primeros días de la primavera, se pondrá todo en movimiento para una campaña decisiva. En Asia, el general Paskewitch ha invadido tres bajalatos, domina las fuentes de Eufrates y amenaza la carretera de Erzerum. Esto, por lo que concierne a Rusia.

¿Hubiese hecho mejor el emperador Nicolás emprendiendo una campaña de invierno en Europa? Así lo creo, de haber tenido la posibilidad de hacerlo. Al marchar sobre Constantinopla, habría cortado el nudo gordiano, dando fin a todas las intrigas diplomáticas; todos se ponen del lado de los éxitos: la manera de tener aliados es vencer.

En cuanto a Turquía, tengo por seguro que nos hubiese declarado la guerra de haber fracasado los rusos ante Varna. ¿Tendrá hoy la sensatez de entablar negociaciones con Inglaterra y Francia para desembarazarse al menos de una y de otra? Austria le aconsejaría de buena gana este partido; pero es muy difícil prever cuál será la conducta de una raza de hombres que no tienen las ideas europeas. A la vez astutos como esclavos y orgullosos como tiranos, la cólera no está jamás templada en ellos sino por el temor. El sultán Mohamed II, en algunos aspectos,

parece un príncipe superior a los últimos sultanes. Tiene sobre todo valor político; pero ¿tiene valor personal? Se contenta con pasar revista en los arrabales de su capital, y hace que los grandes le supliquen que no vaya siquiera hasta Andrinópolis. El populacho de Constantinopla estaría mejor contenido por los triunfos que por la presencia de su señor.

Admitamos, con todo, que el Diván accediera a unas pláticas sobre las bases del tratado del 6 de julio. La negociación habría de ser muy espinosa; aunque sólo se tuvieran que fijar los límites de Grecia, sería no acabar. ¿Dónde se colocarían esos límites sobre el continente? ¿A cuántas islas se les devolvería la libertad? ¿Se abandonaría a Samos, que tan valientemente defendió su independencia? Vayamos más lejos, y supongamos iniciadas las conferencias: ¿paralizarían éstas a los ejércitos del emperador Nicolás? Mientras los plenipotenciarios de los turcos y de las tres potencias aliadas negocien en el Archipiélago, cada paso de las tropas invasoras en Bulgaria modificará el estado de la cuestión. Si se rechazara a los rusos, los turcos interrumpirían la conferencia; si los rusos llegasen a las puertas de Constantinopla, ¿a qué tratar ya de la independencia de Morea? Los helenos no tendrían ya necesidad ni de protectores ni de negociadores.

Así, pues, convencer al Diván de que se ocupara del tratado del 6 de julio, sería aplazar la dificultad y no resolverla. La coincidencia de la emancipación de Grecia y de la firma de la paz entre los turcos y los rusos, es, en mi opinión, necesaria para hacer salir a los gabinetes de Europa del atasco en que se encuentran.

¿Qué condiciones pondría para la paz el emperador Nicolás?

En su manifiesto, declara que renuncia a conquistas, pero habla de indemnizaciones por los gastos de la guerra, lo cual es vago y puede llevar lejos.

Al pretender el gabinete de San Petersburgo regularizar el tratado de Akkerman y de Yací, ¿pedirá: 1° la independencia total de los dos principados; 2° la libertad del comercio en el mar Negro, tanto para la nación rusa como para las demás naciones; 3° el reembolso de las cantidades gastadas en la última campaña?

A la conclusión de una paz sobre estas bases se oponen innumerables dificultades.

Si Rusia quiere dar a los principados unos soberanos de su hechura, Austria considerará la Moldavia y la Valaquia como dos provincias rusas, y se opondrá a esta transacción política.

¿Pasarán la Moldavia y la Valaquia al dominio de un príncipe independiente de toda gran potencia, o bien de un príncipe puesto bajo el protectorado de varios soberanos?

En ese caso, Nicolás preferiría unos hospodares nombrados por Mohamed, ya que los principados, al no dejar de ser turcos, permanecerían vulnerables a las armas de Rusia.

La libertad del comercio del mar Negro, la apertura de este mar a todas las flotas de Europa y de América, minaría los cimientos del poder de la Puerta. Conceder el paso de los barcos de guerra ante Constantinopla, es, respecto a la geografía del imperio otomano, como si se reconociese a unos ejércitos extranjeros el derecho de cruzar en todo tiempo Francia a lo largo de los muros de París.

Finalmente, ¿de dónde sacaría Turquía el dinero para pagar los gastos de la campaña? El pretendido tesoro de los sultanes es una vieja fábula. Las provincias conquistadas allende el Cáucaso podrían ser ciertamente cedidas, como hipoteca de la cantidad pedida. De los dos ejércitos rusos, el uno, en Europa, me parece estar encargado de los intereses del honor de Nicolás; el otro, en Asia, de sus intereses pecuniarios. Pero si Nicolás no se creyera ligado por las declaraciones de su manifiesto, ¿vería Inglaterra con indiferencia avanzar al soldado moscovita por la ruta de la India? ¿No se alarmó ya, cuando en 1827 dio un paso más en el imperio persa?

Si la doble dificultad que nace de poner en ejecución el tratado y de la pertinencia de las condiciones de una paz entre Turquía y Rusia; si esta doble dificultad hiciese inútiles los esfuerzos intentados para vencer tantos obstáculos; si se abriese en primavera una segunda campaña, ¿tomarían partido en la querella las potencias de Europa? ¿Cuál sería el papel que habría de desempeñar Francia? Esto es lo que voy a examinar en la segunda parte de esta *Nota*.

SEGUNDA PARTE

Austria e Inglaterra tienen intereses comunes; son naturalmente aliadas por su política exterior, sean cualesquiera, por otra parte, las diferentes formas de sus gobiernos y las máximas opuestas de su política interior. Ambas son enemigas y envidiosas de Rusia; ambas desean detener los progresos de esta potencia, y tal

vez se unan en un caso extremo; pero comprenden que si Rusia no se deja amedrentar, puede desafiar esta unión más formidable en apariencia que en realidad.

Austria no tiene nada que pedir a Inglaterra. Ésta, a su vez, sólo le sirve a Austria para proporcionarle dinero. Ahora bien, Inglaterra, aplastada bajo el peso de su deuda, no tiene ya dinero que prestar a nadie. Abandonada a sus propios recursos, Austria no podría, en el estado actual de su hacienda, poner en movimiento numerosos ejércitos, sobre todo al estar obligada a vigilar Italia y a mantenerse en guardia sobre las fronteras de Polonia y de Prusia. La situación actual de las tropas rusas les permitiría entrar más pronto en Viena que en Constantinopla.

¿Qué pueden los ingleses contra Rusia? ¿Cerrar el Báltico, no comprar más cáñamo ni maderas en los mercados del norte, destruir la flota del almirante Heyden en el Mediterráneo, introducir algunos ingenieros y algunos soldados en Constantinopla, llevar a esta capital provisiones de boca y municiones de guerra, penetrar en el mar Negro, bloquear los puertos de Crimea, privar a las tropas rusas en campaña de la asistencia de sus flotas mercantes y de guerra?

Supongamos realizado todo esto (lo cual, en primer lugar, no puede llevarse a cabo sin gastos considerables, que no tendrían ni indemnización ni garantía): siempre le quedaría a Nicolás su inmenso ejército de tierra. Un ataque de Austria y de Inglaterra contra la Cruz, a favor de la Media Luna aumentaría en Rusia la popularidad de una guerra nacional y religiosa ya. Las guerras de esta naturaleza se hacen sin dinero, y son las que precipitan por la fuerza de la opinión a unas naciones contra otras. Si los popes comienzan a evangelizar en San Petersburgo, como los ulemas mahometizan en Constantinopla, los soldados sobrarán; tendrían más posibilidades de éxito que sus adversarios en este llamamiento a las pasiones y a las creencias de los hombres. Las invasiones que descienden del norte al mediodía son mucho más rápidas y mucho más irresistibles que las que suben del mediodía al norte: la inclinación de las poblaciones las lleva con más facilidad hacia los buenos climas.

¿Permanecería Prusia como espectadora indiferente en esa gran lucha, si Austria e Inglaterra se declarasen a favor de Turquía? No hay lugar a creerlo.

Existe, sin duda, en el gabinete de Berlín, un partido que odia y que teme al gabinete de San Petersburgo; pero este partido, que por otra parte comienza a

envejecer, encuentra el obstáculo del partido antiaustriaco, y sobre todo de unos efectos domésticos.

Los lazos de familia, débiles por lo general entre los soberanos, son muy fuertes en la familia de Prusia: el rey Federico Guillermo III quiere tiernamente a su hija, la emperatriz actual de Rusia, y se complace en pensar que su nieto va a subir al trono de Pedro el Grande; los príncipes Federico, Guillermo, Carlos y Enrique Alberto quieren también mucho a su hermana Alejandra; el príncipe heredero no tenía dificultad alguna en declarar últimamente en Roma que era *turcófago*.

Analizando así los intereses, se advierte que Francia se encuentra en una admirable posición política. Puede llegar a ser árbitro de este gran debate; puede a su antojo conservar la neutralidad o declararse a favor de un partido, de acuerdo con el tiempo y las circunstancias. Si alguna vez se encuentra obligada a llegar a este extremo, si sus consejos no fuesen escuchados, si la nobleza y la moderación de su conducta no le consiguieran la paz que desea para sí y para los demás; al encontrarse en la necesidad de tomar las armas, todos sus intereses la llevarían del lado de Rusia.

Si se formara una alianza entre Austria e Inglaterra contra Rusia, ¿qué fruto obtendría Francia de su adhesión a esta alianza?

¿Prestaría Inglaterra barcos a Francia?

Francia es todavía, después de Inglaterra, la primera potencia marítima de Europa. Tiene más barcos de los necesarios para destruir, de ser preciso, las fuerzas navales de Rusia.

¿Nos proporcionaría Inglaterra subsidios?

Inglaterra no tiene dinero; Francia tiene más que ella, y los franceses no se encuentran en la necesidad de estar a sueldo del parlamento británico.

¿Nos asistiría Inglaterra con soldados y armas?

A Francia no le faltan armas, y todavía menos soldados.

¿Nos aseguraría Inglaterra un aumento de territorio insular o continental?

¿Dónde tomaríamos ese aumento, si hacíamos, en provecho del Gran Turco, la guerra a Rusia? ¿Intentaríamos desembarcos en las costas del mar Báltico, del mar Negro y del estrecho de Behring? ¿Tendríamos otra esperanza? ¿Pensaríamos en atraernos a Inglaterra, con el fin de que acudiese en nuestra ayuda, en el caso de que nuestros asuntos internos se enredaran? ¡Dios nos guarde de tal previsión y

de una intervención extranjera en nuestros asuntos domésticos! Inglaterra, por otra parte, se ha interesado siempre muy poco por los reyes y por la libertad de los pueblos; siempre está dispuesta a sacrificar sin remordimiento la monarquía y la república a sus intereses particulares. No ha mucho aún, proclamaba la independencia de las colonias españolas, a la vez que se negaba a reconocer la de Grecia. Enviaba sus flotas a apoyar a los insurgentes de México, y hacía detener en el Támesis algunos pobres barcos de vapor destinados a los helenos; admitía la legitimidad de los derechos de Mohamed, y negaba la de los derechos de Fernando; inclinada alternativamente al despotismo y a la democracia, según el viento que llevaba a sus puertos a los barcos de los mercaderes de la *cité*.

Finalmente, asociándonos a los proyectos guerreros de Inglaterra y de Austria contra Rusia, ¿a dónde iríamos a buscar a nuestro antiguo adversario de Austerlitz, que no está ya en nuestras fronteras? ¿Haríamos partir a nuestras expensas a cien mil hombres bien equipados, para socorrer Viena o Constantinopla? ¿Tendríamos un ejército en Atenas para proteger a los griegos contra los turcos, y un ejército en Andrinópolis para proteger a los turcos contra los rusos? ¿Cañonearíamos a los osmanlíes en Morea, y los abrazaríamos en los Dardanelos? Lo que no tiene sentido en los asuntos humanos no resulta.

Admitamos, sin embargo, a despecho de toda verosimilitud, que nuestros esfuerzos fuesen coronados por un éxito pleno en esta triple alianza contra natura, y supongamos que Prusia se mantuviese neutral durante toda la contienda, así como los Países Bajos, y que, libres para llevar nuestras fuerzas al exterior, no nos viésemos obligados a batirnos a sesenta leguas de París; pues bien, ¿qué provecho sacaríamos de nuestra cruzada por la liberación del sepulcro de Mahoma? Caballeros de los turcos, volveríamos de Levante con un trofeo, después de haber tenido la gloria de sacrificar mil millones y doscientos mil hombres para calmar los terrores de Austria, para dar una satisfacción a las envidias de Inglaterra y para conservar en la parte más bella del mundo la peste y la barbarie añejas al imperio otomano. Austria quizá hubiese aumentado sus Estados por el lado de la Valaquia y de la Moldavia, e Inglaterra quizá hubiese obtenido algunos privilegios comerciales, privilegios de un débil interés para nosotros, si participábamos en ellos, ya que no tenemos ni el mismo número de navíos mercantes que los ingleses, ni los mismos artículos manufacturados que colocar en Levante. Seríamos totalmente

las víctimas de esta triple alianza que podría fracasar, y que, si lograba su efecto, lo alcanzaría a nuestra costa.

Pero si Inglaterra no tiene ningún medio directo de sernos útil, ¿no podría al menos influir sobre el gabinete de Viena, y comprometer a Austria, en compensación de los sacrificios que haríamos por ella, a dejarnos recobrar los antiguos departamentos situados sobre la orilla izquierda del Rin?

No, Austria e Inglaterra se opondrán siempre a semejante concesión; sólo Rusia puede hacernósla, como veremos a continuación. Austria nos detesta y se asusta de nosotros, en mayor medida que odia y teme a Rusia; mal por mal, preferiría que esta última potencia se extendiese por la parte de Bulgaria a que se extendiera Francia por la parte de Baviera.

Pero, ¿estaría amenazada la independencia de Europa, en el caso de que los zares hiciesen de Constantinopla la capital de su imperio?

Hay que explicar lo que se entiende por independencia de Europa. ¿Quiere decirse que, roto todo equilibrio, Rusia, después de haber conquistado la Turquía europea, se apoderaría de Austria, sometería a Alemania y Prusia, y acabaría por dominar a Francia?

En primer lugar todo imperio que se extiende desmesuradamente pierde fuerza; casi siempre se divide, y pronto veríamos dos o tres Rusias enemigas las unas de las otras.

En segundo lugar, ¿existe para Francia el equilibrio de Europa, después de los últimos tratados?

Inglaterra ha conservado casi todas las conquistas que ha hecho en las colonias de tres partes del mundo durante la guerra de la Revolución. En Europa, ha adquirido Malta y las islas Jónicas; hasta su electorado de Hannover lo ha inflado convirtiéndolo en reino y aumentándolo con algunos señoríos.

Austria ha acrecentado sus posesiones con una tercera parte de Polonia y unos recortes de Baviera, con una parte de Dalmacia y de Italia. Cierto es que ya no tiene los Países Bajos; pero esta provincia no ha sido atribuida a Francia, y se ha convertido contra nosotros en una auxiliar temible de Inglaterra y de Prusia.

Prusia ha aumentado su territorio con el ducado o palatinado de Posen, con un fragmento de Sajonia y de los principales círculos del Rin; su puesto avanzado está sobre nuestro propio territorio, a diez jornadas de marchas de nuestra capital.

Rusia ha recobrado Finlandia y se ha fijado sobre las orillas del Vístula.

¿Y nosotros, qué hemos ganado en todos estos repartos? Hemos sido despojados de nuestras colonias; ni siquiera nuestro viejo suelo ha sido respetado. Landau, separado de Francia, y Huninga, arrasada, dejan una brecha de más de cincuenta leguas en nuestras fronteras; el pequeño Estado de Cerdeña no se ha avergonzado de revestirse de algunos jirones robados al imperio de Napoleón y al reino de Luis el Grande. En esta situación, ¿qué interés tenemos en tranquilizar a Austria e Inglaterra contra las victorias de Rusia? Aunque ésta se extendiese hacia el Oriente, y alarmase al gabinete de Viena, ¿estaríamos en peligro? ¿Se nos ha tratado tan bien como para que nos mostremos tan sensibles a las inquietudes de nuestros enemigos? Inglaterra y Austria han sido y serán siempre los adversarios naturales de Francia; mañana las veríamos aliarse de buena gana con Rusia, si se trataba de combatirnos y de despojarnos.

Francia se encuentra ya en una semihostilidad con los turcos. Ella sola ha gastado ya varios millones y expuesto veinte mil soldados en la causa de Grecia; Inglaterra no perdería más que algunas palabras al traicionar los principios del tratado del 6 de julio; Francia perdería en ello honor, hombres y dinero: nuestra expedición no sería más que una verdadera basura política.

Pero, si no nos unimos a Austria e Inglaterra, ¿no irá el emperador Nicolás a Constantinopla? ¿No se romperá el equilibrio europeo?

Dejemos –repiteámoslo una vez más– esos temores fingidos o verdaderos para Inglaterra y para Austria. Que la primera tema ver apoderarse a Rusia del tráfico de Levante y convertirse en potencia marítima, es cosa que nos importa poco. ¿Es tan necesario que la Gran Bretaña siga en posesión del monopolio de los mares, y que nosotros vertamos la sangre francesa para conservar el cetro del océano a los destructores de nuestras colonias, de nuestras flotas y de nuestro comercio? ¿Tendrá la dinastía legítima que poner en movimiento unos ejércitos, con el fin de proteger a la casa que se unió con la ilegitimidad y que reserva quizá para unos tiempos de discordia los medios con que cree contar para agitar a Francia? ¡Hermoso equilibrio, para nosotros, el de Europa, cuando todas las potencias, como ya he demostrado, han aumentado sus masas y disminuido de común acuerdo el peso de Francia! Que se reintegren como nosotros a sus antiguos límites, y luego volaremos en socorro de su independencia, si esta independencia se ve amenaza-

da. Ningún escrúpulo tuvieron en unirse a Rusia para desmembrarnos y para incorporarse el fruto de nuestras victorias; ¡que toleren hoy que estrechemos los lazos formados entre nosotros y esa misma Rusia para recobrar unos límites decorosos y restablecer la verdadera balanza de Europa!

Además, si el emperador Nicolás quisiera y pudiera ir a firmar la paz en Constantinopla, ¿sería la destrucción del imperio otomano la consecuencia rigurosa de ese hecho? La paz ha sido firmada con las armas en la mano en Viena, en Berlín, en París; casi todas las capitales de Europa han sido tomadas en estos últimos tiempos: ¿han perecido por ello Austria, Baviera, Prusia, Francia o España? Por dos veces, los cosacos y los panduros han venido a acampar en el patio del Louvre; el reino de Enrique IV ha sido ocupado militarmente durante tres años, ¡y nos iba a emocionar el ver a los cosacos en el serrallo, y tendríamos por el honor de la Berbería esa susceptibilidad que no hemos tenido por el honor de la civilización y por nuestra propia patria! Que el orgullo de la Puerta se vea humillado, y quizá entonces se le obligue a reconocer algunos de esos derechos de la humanidad que ultraja.

Se ve ahora hacia donde voy, y la consecuencia que me dispongo a sacar de cuanto precede. He aquí esa consecuencia:

Si las potencias beligerantes no pueden llegar a un arreglo durante el invierno; si el resto de Europa cree deber intervenir en la querrela en primavera; si se proponen alianzas diversas; si Francia se ve obligada en absoluto a elegir entre esas alianzas; si los acontecimientos la fuerzan a salir de su neutralidad, todos sus intereses deben decidirla a unirse de preferencia con Rusia; combinación tanto más segura cuanto que sería fácil, con el ofrecimiento de ciertas ventajas, hacer entrar en ella a Prusia.

Hay simpatías entre Rusia y Francia. La última ha civilizado casi a la primera en las clases elevadas de la sociedad; le ha dado su lengua y sus costumbres. Situadas en ambos extremos de Europa, Francia y Rusia no tienen fronteras comunes; carecen de campo de batalla donde poder encontrarse, no tienen ninguna rivalidad de comercio, y los enemigos naturales de Rusia (los ingleses y los austriacos) son también los enemigos naturales de Francia. Si en tiempo de paz el gabinete de las Tullerías se mantiene aliado del gabinete de San Petersburgo, nada puede moverse en Europa. En tiempo de guerra, la unión de ambos gabinetes dictaría leyes al mundo.

He mostrado suficientemente que la alianza de Francia con Inglaterra y Austria contra Rusia es una alianza en la que nosotros seríamos los engañados, y en la que no hallaríamos sino la pérdida de nuestra sangre y de nuestros tesoros. La alianza con Rusia, por el contrario, nos pondría en situación de obtener plazas en el Archipiélago y hacer retroceder nuestras fronteras hasta las orillas del Rin. Podemos decirle a Nicolás:

«Vuestros enemigos nos solicitan; pero preferimos la paz a la guerra, y deseamos conservar la neutralidad. Ahora bien, si no podéis dirimir vuestras diferencias con la Puerta más que por las armas, si queréis ir a Constantinopla, concertad con las potencias cristianas un reparto equitativo de la Turquía europea. Aquellas potencias cuya situación no les permite extenderse hacia Oriente, recibirán en otro lugar compensaciones. Nosotros queremos tener la frontera del Rin desde Estrasburgo hasta Colonia. Tales son nuestras justas pretensiones. Rusia tiene un interés (vuestro hermano Alejandro lo dijo) en que Francia sea fuerte. Si consentís en este arreglo, y las demás potencias se niegan, no toleraremos que intervengan en vuestro pleito con Turquía. Si os atacan a pesar de nuestros alegatos, los combataremos con vos, siempre en las mismas condiciones que acabamos de exponer».

He aquí lo que se puede decir a Nicolás. Ni Austria ni Inglaterra nos darán jamás el límite del Rin como pago de nuestra alianza con ellas; ahora bien, así es donde, tarde o temprano, Francia debe colocar su frontera, tanto por su honor como por su seguridad.

Una guerra con Austria y con Inglaterra tiene numerosas posibilidades de éxito y pocas de fracaso. En primer lugar, hay medios de paralizar a Prusia y de decidirla incluso a unirse con nosotros y con Rusia; en este caso, los Países Bajos no pueden declararse enemigos. En la disposición actual de los ánimos, cuarenta mil franceses defendiendo los Alpes levantarían a toda Italia.

En cuanto a las hostilidades con Inglaterra, si hubiesen alguna vez de comenzar, sería preciso o lanzar veinticinco mil hombres más en Morea o llamar rápidamente de allí nuestras tropas y nuestra flota. Si se dispersan nuestros barcos uno por uno sobre todos los mares, renunciando a las escuadras; si se ordena que se echen a pique todas las presas después de haber salvado todas las tripulaciones, si se multiplican las cartas de marca en los puertos de las cuatro partes del mundo, pronto la Gran Bretaña, forzada por las quiebras y los clamores de su comercio,

solicitará el restablecimiento de la paz. ¿No la hemos visto capitular en 1814 ante la marina de los Estados Unidos, que hoy no se compone más que de nueve fragatas y once navíos?

Considerada bajo el doble aspecto de los intereses generales de la sociedad y de nuestros intereses particulares, la guerra de Rusia contra la Puerta no debe causarnos ningún recelo. En principio, y desde el alto punto de vista de la civilización, la especie humana sólo puede ganar con la destrucción del imperio otomano; para los pueblos es preferible mil veces el dominio de la Cruz en Constantinopla que el de la Media Luna. En el fondo del cristianismo se encuentran todos los elementos de la moral y de la sociedad política, en tanto que en la religión de Mahoma sólo están todos los gérmenes de la destrucción social. Se dice que el sultán actual ha dado algunos pasos hacia la civilización. ¿Es porque ha tratado, con ayuda de algunos renegados franceses y algunos oficiales ingleses y austriacos, de someter sus hordas fanáticas a ejercicios regulares? ¿Y desde cuándo el aprendizaje maquina de las armas es la civilización? Constituye un error enorme, es casi un crimen haber iniciado a los turcos en la ciencia de nuestra táctica; hay que bautizar a los soldados a quienes se disciplina, a no ser que se quiera deliberadamente instruir a destructores de la sociedad.

La imprevisión es grande: Austria, que se felicita de la organización de los ejércitos otomanos, sería la primera en llevar el castigo de su ligereza. Si los turcos derrotaran a los rusos, con mayor razón serían capaces de medirse con los imperiales sus vecinos; esta vez, Viena no se libraría del gran visir. ¿Estaría más seguro el resto de Europa, que cree no tener nada que temer de la Puerta? Algunos hombres de pasiones y de miras limitadas quieren que Turquía sea una potencia militar regular, y que entre en el derecho común de paz y de guerra de las naciones civilizadas; todo esto para mantener no sé qué equilibrio, término vacío de sentido que dispensa a esos hombres de tener ideas; ¿cuáles serían las consecuencias de la realización de esos designios? Cuando al sultán le pluguiera atacar, con un pretexto cualquiera, a un gobierno cristiano, una flota constantinopolitana, bien dirigida, aumentada con la flota del bajá de Egipto y del contingente naval de las potencias bereberes, declararía el bloqueo de las costas de España o de Italia, y desembarcaría cincuenta mil hombres en Cartagena o en Nápoles. Los que no queréis colocar la Cruz en Santa Sofía, seguid adiestrando las hordas de turcos,

de albaneses, de negros y de árabes, y antes de veinte años pudiera ser que la Media Luna brillara sobre la cúpula de San Pedro. ¿Llamaríais entonces a Europa a una cruzada contra unos infieles armados de la peste, de la esclavitud y del Corán? Sería demasiado tarde.

Por lo tanto, a los intereses generales de la sociedad les conviene el éxito de los ejércitos del emperador Nicolás.

En cuanto a los intereses particulares de Francia, he demostrado suficientemente que estaban en una alianza con Rusia y que podían ser singularmente favorecidos por la guerra misma que esta potencia sostiene hoy en Oriente.

RESUMEN, CONCLUSIÓN Y REFLEXIONES

Resumo:

1° Si Turquía consintiera en tratar sobre las bases del tratado del 6 de julio, no se habría decidido aún nada, ya que no se ha hecho la paz entre Turquía y Rusia. Las alternativas de la guerra en los desfiladeros de los Balcanes cambiarían a cada momento los datos y la situación de los plenipotenciarios ocupados de la emancipación de Grecia.

2° Las condiciones probables de la paz entre el emperador Nicolás y el sultán Mohamed están sujetas a las mayores controversias.

3° Rusia puede desafiar la unión de Inglaterra y Austria, unión más formidable en apariencia que en realidad.

4° Es probable que Prusia se uniese mejor al emperador Nicolás, yerno de Federico Guillermo III, que a los enemigos del emperador.

5° Francia tendría todo que perder y nada que ganar si se aliara con Inglaterra y Austria contra Rusia.

6° La independencia de Europa no se vería amenazada por las conquistas de los rusos en Oriente. Es una cosa hasta cierto punto absurda, es no tener en cuenta ningún obstáculo, temer que acudan los rusos del Bósforo para imponer su yugo a Alemania y a Francia: todo imperio se debilita al extenderse. En cuanto al equilibrio de las fuerzas, hace ya mucho tiempo que está roto por Francia, la cual ha

perdido sus colonias y se ha estrechado en sus antiguos límites, en tanto que Inglaterra, Prusia, Rusia y Austria se han acrecentado prodigiosamente.

7° Si Francia se encontrara forzada a salir de su neutralidad y tomar las armas por un partido o por otro, tanto los intereses generales de la civilización, como los intereses particulares de nuestra patria, deben hacernos entrar preferentemente en la alianza rusa. Por ella podríamos obtener el curso del Rin como frontera y unas colonias en el Archipiélago, ventajas que no nos concederán jamás los gabinetes de Saint-James y de Viena.

Tal es el resumen de esta *Nota*. Sólo he podido razonar en hipótesis; ignoro lo que Inglaterra, Austria y Rusia proponen o han propuesto en los momentos mismos en que escribo. Tal vez haya un informe, un despacho, que reduzca a generalidades inútiles las verdades que expongo aquí: éste es el inconveniente de las distancias y de la política de conjeturas. Con todo, sigue siendo cierto que la situación de Francia es sólida; que el gobierno está en posibilidad de obtener el mayor partido de los acontecimientos, si no se deja intimidar por nadie, y si, a la firmeza del lenguaje, une el vigor de la acción. Tenemos un rey venerado, un heredero del trono que acrecentaría sobre las orillas del Rin, con trescientos mil hombres, la gloria que ha obtenido en España; nuestra expedición de Morea nos hace desempeñar un papel honrosísimo; nuestras instituciones políticas son excelentes, nuestra situación financiera se encuentra en un estado de prosperidad sin ejemplo en Europa: con todo esto podemos marchar con la cabeza levantada. ¡Qué país, el que posee el genio, el valor, los brazos y el dinero!

Por lo demás, no pretendo haber dicho todo y previsto todo; no tengo la presunción de ofrecer mi plan como el mejor; ya sé que en los asuntos humanos hay algo misterioso e inaprensible. Si bien es verdad que se pueden anunciar con bastantes probabilidades de acertar los últimos y generales resultados de una revolución, también lo es que se yerra en los detalles, que los acontecimientos particulares se modifican a menudo de una manera inesperada, y que, viendo la meta, se llega a ella por caminos cuya existencia no se sospechaba siquiera. Es cierto, por ejemplo, que los turcos serán expulsados de Europa; pero, ¿cuándo y cómo? ¿Librará la guerra actual al mundo civilizado de ese azote? ¿Son insuperables los obstáculos que he señalado? Sí, si nos atenemos a los razonamientos análogos; no, si

hacemos entrar en nuestros cálculos circunstancias ajenas a las que han dado lugar a la ruptura de hostilidades.

Hoy, casi nada se parece a lo que ha sido: fuera de la religión y la moral, la mayoría de las verdades han cambiado, si no en su esencia al menos en las relaciones con las cosas y los hombres. D'Ossat sigue considerándose como un negociador hábil, Grocio como un publicista de genio, Puffendorf como un espíritu juicioso; pero no se pueden aplicar a nuestros tiempos las reglas de su diplomacia, ni volver para el derecho político de Europa al tratado de Westfalia. Los pueblos intervienen actualmente en los asuntos, que en otro tiempo dirigían tan sólo los gobiernos. Los pueblos no sienten ya las cosas como las sentían en otro tiempo; no les afectan los mismos acontecimientos; no ven ya los objetos desde el mismo punto de vista; la razón en ellos ha hecho progreso a costa de la imaginación; lo positivo prevalece sobre la exaltación y sobre las decisiones apasionadas; cierto elemento de razón reina por doquier. Sobre la mayoría de los tronos, y en la mayoría de los gabinetes de Europa, se sientan hombres cansados de revoluciones, hastiados de guerra y opuestos a todo espíritu de aventura: he aquí motivos de esperanza para llegar a arreglos pacíficos. Pueden existir también en las naciones dificultades interiores que las dispongan a medidas conciliadoras.

La muerte de la emperatriz madre de Rusia puede dar pábulo a unas agitaciones que no estaban totalmente sofocadas. Esta princesa intervenía poco en la política exterior, pero constituía un lazo entre sus hijos; se dice que ejerció gran influencia sobre las transacciones que dieron la corona al emperador Nicolás. Con todo, hay que confesar que si Nicolás volviese de nuevo a sentir temores, constituirían éstos para él un motivo más para llevar a sus soldados fuera del suelo natal y buscar su seguridad en la victoria.

Inglaterra, independientemente de su deuda, que estorba sus movimientos, se encuentra con dificultades en los asuntos de Irlanda; constituirá un acontecimiento importantísimo el hecho de que la emancipación de los católicos se apruebe o no en el Parlamento. La salud del rey Jorge es insegura, y la de su sucesor inmediato no es más sólida; si el accidente previsto ocurriera pronto, habría una convocatoria de un nuevo Parlamento, quizá un cambio de ministros, y los hombres capaces son hoy raros en Inglaterra; tal vez hubiera una larga regencia. En esta situación precaria y crítica, es probable que Inglaterra desee sinceramente la

paz, y que tema precipitarse en las aventuras de una gran guerra, en medio de la cual podría encontrarse sorprendida por catástrofes internas.

Finalmente, nosotros mismos, a pesar de nuestra prosperidad real e indiscutible, aunque pudiésemos actuar con éxito en un campo de batalla, si tenemos que acudir a él, ¿estamos preparados por completo para ello? ¿Están reparadas nuestras plazas fuertes? ¿Disponemos del material necesario para un ejército numeroso? ¿Se encuentra este ejército completo en sus efectivos de paz? Si nos despertara bruscamente una declaración de guerra de Inglaterra, de Prusia y de los Países Bajos, ¿podríamos oponernos eficazmente a una tercera invasión? Las guerras de Napoleón han divulgado un secreto fatal: el de que se puede llegar en unas cuantas jornadas de marcha a París, tras un encuentro afortunado; que París no se defiende; que ese mismo París está demasiado cerca de la frontera. La capital de Francia no estará al abrigo sino cuando poseamos la orilla izquierda del Rin. Podemos, por lo tanto, necesitar un tiempo dado para prepararnos.

Agreguemos a todo esto que los vicios y las virtudes de los príncipes, su fuerza y su debilidad moral, su carácter, sus pasiones, incluso sus costumbres, son causas de actos y de hechos rebeldes a los cálculos, y que no pueden reducirse a ninguna fórmula política: la más miserable influencia determina a veces el más grande acontecimiento en un sentido contrario a la verosimilitud de las cosas; un esclavo puede hacer firmar en Constantinopla una paz que no obtendría Europa entera, conjurada o de rodillas.

Si, por lo tanto, alguna causa imprevisible produjera, durante este invierno, una petición de negociaciones, ¿habría que rechazarla si no estuviera de acuerdo con los principios de esta *Nota*? Indudablemente no; ganar tiempo es un gran arte cuando no se está dispuesto: Puede saberse lo que sería mejor, y contentarse con lo que es menos malo; las verdades políticas, sobre todo, son relativas; lo absoluto, en materia de Estado, tiene graves inconvenientes. Sería una fortuna para la especie humana que se arrojase a los turcos al Bósforo, pero no estamos encargados de la expedición, y la hora del mahometismo quizá no ha sonado: incluso el odio debe ser sensato para no cometer tonterías. Nada debe, pues, impedir a Francia entrar en negociaciones, teniendo cuidado de seguir lo más posible el espíritu que informa esta *Nota*. A los hombres que llevan el timón de los imperios corresponde dirigir a éstos de acuerdo con los vientos, evitando los escollos.

Ciertamente, si el poderoso soberano del Norte consintiera en reducir las condiciones de paz a la ejecución del tratado de Akkerman y a la emancipación de Grecia, sería posible hacer que la Puerta se aviniera a razones; pero, ¿qué probabilidades hay de que Rusia se encierre en unas condiciones que hubiese podido obtener sin disparar un cañonazo? ¿Cómo abandonaría unas pretensiones tan alta y públicamente expresadas? Sólo habría, si lo hay, un medio: proponer un congreso general en el que el emperador Nicolás cediera o pareciera que cedía al deseo de la Europa cristiana. Una manera de triunfar con los hombres es salvar su amor propio y proporcionarles un motivo para retirar su palabra y salir de un mal paso honrosamente.

El mayor obstáculo a este proyecto de un congreso podría venir del éxito inesperado de los ejércitos otomanos durante el invierno. Si, por el rigor de la estación, la falta de víveres, la insuficiencia de las tropas o cualquiera otra causa, los rusos estuviesen obligados a abandonar el sitio de Silistria; si Varna (lo cual, sin embargo, no es casi probable) volviera a caer en manos de los turcos, el emperador Nicolás se encontraría en una situación que no le permitiría ya dar oídos a ninguna proposición, so pena de descender al último lugar de los monarcas; entonces la guerra continuaría, y nosotros nos encontraríamos de nuevo en las eventualidades deducidas por esta *Nota*. Si Rusia perdiera su lugar como potencia militar, y la reemplazara Turquía, Europa no hubiese hecho más que cambiar de peligro. Ahora bien, el que nos amenazaría por la cimitarra de Mohamed sería de una especie mucho más formidable que aquel que nos amenazara por la espada del emperador Nicolás. Si la fortuna hace sentarse por casualidad a un príncipe notable sobre el trono de los sultanes, no puede vivir el tiempo suficiente para cambiar las leyes y las costumbres, aunque tuviera tal designio. Mohamed morirá: ¿a quién dejará el imperio, con sus soldados fanáticos disciplinados, con sus ulemas teniendo en sus manos, por la iniciación a la táctica moderna, un nuevo medio de conquista por el Corán?

En tanto que, asustada al fin por sus falsos cálculos, Austria se vería obligada a mantenerse dentro de sus fronteras, en las que los jenízaros no le dejan nada que temer; una nueva insurrección militar, resultado posible de la humillación de las armas de Nicolás, estallaría quizá en Petersburgo, y, comunicándose de pueblo en pueblo, incendiaría el norte de Alemania. He aquí lo que no advierten unos

hombres que, en cuestión de política, no han pasado de los temores vulgares ni de los lugares comunes. Insignificantes despachos, pequeñas intrigas; tales son las barreras que Austria pretende oponer a un movimiento que lo amenaza todo. Si Francia e Inglaterra adoptasen un partido digno de ellas, si notificaran a la Puerta que, en el caso en que el sultán hiciese oídos sordos a toda proposición de paz, encontraría a una y a otra en el campo de batalla en primavera, esta decisión pondría pronto fin a la ansiedad de Europa. ❧